



puntos de referencia

CENTRO
DE ESTUDIOS
PÚBLICOS

EDICIÓN DIGITAL
N° 567,
MAYO 2021

HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

CICLO *LAS DERECHAS CHILENAS: MIRADAS DESDE EL PRESENTE* (1)

El bipartidismo de la derecha chilena

SOFÍA CORREA SUTIL

La historia intelectual de la derecha chilena como acervo para una comprensión política del presente

HUGO HERRERA

El ciclo *Las derechas chilenas: miradas desde el presente* fue organizado por el Centro de Estudios Públicos en tres sesiones que se realizaron entre agosto y septiembre de 2020. En este *Puntos de Referencia* se incluyen las contribuciones de Sofía Correa y Hugo Herrera. Este encuentro tuvo lugar el martes 18 de agosto de 2020. La versión en video está disponible en el canal de YouTube del Centro de Estudios Públicos en <https://www.youtube.com/watch?v=zxDFkHLVNko>.



El bipartidismo de la derecha chilena

SOFÍA CORREA SUTIL

- En Chile, desde mediados del siglo XIX quienes aspiran al poder político se han expresado en partidos. Estos se diferenciaron en izquierdas y derechas en 1930 cuando el poder de los sectores dirigentes fue disputado. Para defender sus intereses y su visión de mundo, la derecha contó con sus partidos, los que desde fines del siglo XIX habían sido capaces de construir una apelación multclasista. Así, la derecha chilena tuvo desde sus inicios una expresión bipartidista, con sus partidos históricos, Liberal y Conservador.
- No son intereses económico-sociales los que explican el bipartidismo de la derecha chilena. Conservadores y liberales se diferenciaban por cuestiones doctrinarias, a la vez que compartían una común visión de mundo, de la sociedad chilena, de la historia nacional, y de la defensa de la propiedad privada. Adherían a la institucionalidad democrática liberal representativa que les permitía desde el Congreso Nacional convertir su poder social en poder político, gracias a los cuantiosos votos que lograban movilizar en cada elección.
- A mediados de la década de 1960 la derecha chilena dejó de ser bi-partidista. Como consecuencia de diversos factores, los partidos Conservador y Liberal perdieron su apoyo electoral, y sus dirigentes decidieron disolverlos. Crearon en vez al Partido Nacional para defender el orden social y el derecho de propiedad, ambos en tela de juicio en el proceso revolucionario en curso, y lograron el apoyo electoral de clases medias temerosas del curso que tomaba la política.
- Durante la dictadura, la vieja derecha desaparece de escena definitivamente, como también desaparece el viejo Chile. Son otras las figuras, las estrategias, y los proyectos de las fuerzas de derecha, que le imprimen su sello a las transformaciones neoliberales y al nuevo orden institucional. Sin embargo, para iniciar la etapa de transición democrática, la derecha volvió a expresarse en dos partidos.
- Al igual que con el bipartidismo histórico de la derecha, la nueva expresión en dos partidos no responde a intereses económicos, sino que refleja diversas sensibilidades políticas y un electorado que no se traslada sin más del uno al otro. Comparten su adhesión al desarrollo capitalista impulsado por la empresa privada, y a un orden institucional que les permita utilizar su poder político como instrumento de negociación.

Palabras clave: derecha, bipartidismo, Partido Conservador, Partido Liberal, Partido Nacional, Renovación Nacional, Unión Demócrata Independiente

Una de las particularidades del desenvolvimiento político chileno, desde el siglo XIX a la fecha, ha sido el que las fracciones que conviven en la sociedad y que aspiran al ejercicio del poder político se han expresado en partidos. En el contexto latinoamericano es especialmente peculiar que en Chile incluso los sectores más tradicionales, los sectores propietarios, normalmente conocidos como “la derecha”, han ejercido su poder político organizados en partidos que disputan sus posiciones por la vía electoral. Todos los partidos en Chile han disputado su acceso al poder por la vía institucional, en otras palabras, han entregado a las elecciones el reconocimiento de cuánto poder han de ejercer. Históricamente, ha predominado el que se hayan reconocido entre sí como adversarios en la arena electoral y en la confrontación ideológica, no como enemigos a destruir. Incluso en el convulsionado siglo XX.

Los primeros partidos políticos chilenos se remontan a mediados del siglo XIX. Fueron entonces cuestiones doctrinarias las que permitieron diferenciar a conservadores, liberales, radicales y nacionales. Es decir, los primeros partidos políticos chilenos reflejaron la posición que adoptaron las distintas fracciones de la elite en las tensiones entre el Estado y la Iglesia Católica. No eran cuestiones de fe, de creencias, las relevantes, sino que lo que los diferenciaba era su definición de cómo debían articularse las relaciones institucionales entre un Estado nacional que se consolidaba y una jerarquía eclesiástica cuyo poder se enraizaba en la sociedad desde antes de este Estado y que respondía a autoridades radicadas fuera de Chile, en Europa, al papado. Adicionalmente, cierta identidad regional, con el norte minero y con la zona de Concepción, impregnaba a los radicales. Hacia finales del siglo, un grupo de abogados provenientes de la naciente clase media profesional se escindió del Partido Radical y creó el Partido Demócrata en 1887 con la finalidad de representar al artesanado, grupo social de antigua data en la sociedad chilena. No obstante la presencia de un partido que se definía según categorías económico-sociales, no se puso en entredicho el poder que ejercían los partidos de la elite. Aún no es posible hablar de una izquierda, y por tanto tampoco de una derecha.

Los primeros partidos políticos chilenos se remontan a mediados del siglo XIX.

He planteado en mi libro sobre la derecha chilena, *Con las riendas del poder*, que tenemos derechas —sí, así en plural— en Chile desde inicios de la década de 1930 y no antes, sino cuando el poder de los sectores dirigentes y propietarios es amenazado seriamente por partidos de izquierda con capacidad de disputar las elecciones. Es que la confrontación entre la “querida chusma” y la “canalla dorada” de Arturo Alessandri en 1920 fue un recurso retórico que no pretendía poner en peligro el ejercicio del derecho de propiedad por parte de la elite tradicional, tratándose más bien de un discurso populista destinado a ejercer presión para así alcanzar la Presidencia. Fue recién en la década de 1930 cuando se comenzó a utilizar en el lenguaje político la distinción entre derechas e izquierdas.

Conviene, por tanto, aclarar, aunque sea brevemente, qué es ser de derechas. Los términos derecha e izquierda hacen referencia a una situación espacial, no poseen un contenido específico, de allí que sea difícil su definición, y que muchas veces se opte por aplicarlos de acuerdo a la autodefinición de los sujetos que los encarnan, o bien de acuerdo a categorías muchas veces anacrónicas. En mi libro *Con las riendas del poder* he afirmado, siguiendo la discusión de diversos autores, que los partidos de derecha son los que canalizan los intereses de las clases propietarias, integrándolos en un proyecto político de mayor amplitud, que es capaz de recibir la adhesión de sectores medios y populares, construyendo así una coalición multiclasista.

Al ser los conceptos derecha e izquierda lugares en el espacio político, se necesitan mutuamente: habrá derecha cuando haya izquierda. Por eso hablamos de derecha en la política chilena desde principios de la década de 1930. La elite chilena, consolidada en el siglo XIX, tuvo que enfrentar desde entonces un conjunto de fuertes desafíos, entre los cuales cabe mencionar el cuestionamiento a su visión de mundo y a su visión de Chile y de su historia, con la cual se identificaba como su forjadora. Fue desafiada políticamente por nuevos grupos sociales e ideológicos insertos en el sistema de partidos, en el cual decidió continuar participando con sus partidos históricos, los que desde fines del siglo XIX habían sido capaces de construir una apelación multiclasista.



Al ser los conceptos derecha e izquierda lugares en el espacio político, se necesitan mutuamente: habrá derecha cuando haya izquierda.

De modo que la derecha chilena tuvo desde sus inicios una expresión bipartidista, con sus dos partidos decimonónicos: el Partido Liberal y el Partido Conservador. Las izquierdas se expresaron también en dos partidos principales: el Partido Comunista, que fue creado en 1922, y el Partido Socialista, fundado en 1932. En el centro político se situó el Partido Radical, el cual desde mediados del siglo XIX venía compitiendo en la arena política. Posteriormente, los nuevos partidos que fueron surgiendo a partir de los años 30 tuvieron que encontrar su lugar en esta dicotomía entre izquierdas y derechas, con un centro que en sus alianzas fluctuó entre ambos polos.

Entre los nuevos partidos en el escenario político de esos años, cabe mencionar a la Falange Nacional. Inicialmente, en la década de 1920, la conformaban un grupo de jóvenes católicos con inquietudes políticas, muchos de ellos de clase media, que fueron formados doctrinariamente en el social-cristianismo por sacerdotes jesuitas. En los años 30 fueron atraídos hacia el Partido Conservador, cuestión en la que no estuvo ajena la jerarquía eclesiástica que veía con preocupación una división de

la militancia católica. Como miembros del Partido Conservador integraron las filas de la Juventud Conservadora, sin dejar de mantener su unidad y su identidad como Falange Nacional. Participaron activamente en la vida partidista, e incluso en su calidad de dirigentes del Partido Conservador formaron parte del gabinete del segundo gobierno de Arturo Alessandri, con Bernardo Leighton como ministro del Trabajo (1937-1938). El quiebre de la Falange con el Partido Conservador se produjo a fines de esa década, en 1939, como consecuencia de la elección presidencial del año anterior, ocasión en que afloraron las discrepancias entre los jóvenes falangistas y la dirigencia del Partido. La Falange Nacional abandonó el Partido Conservador, y nunca más en su historia volvió a pertenecer a la derecha. En cambio, buscaría desde entonces ya fuese alianzas con los radicales o, preferentemente, un camino propio incontaminado por otros partidos. El socialcristianismo falangista abandonaba el polo de las derechas de una vez y para siempre. Solo en una ocasión, en la elección presidencial de 1946, forjó una alianza con los conservadores, aglutinados tras el liderazgo de Eduardo Cruz-Coke, pero en el entendido que éstos se alejaban de la derecha para abrazar el socialcristianismo, donde los falangistas eran hegemónicos.

El quiebre de la Falange con el Partido Conservador se produjo a fines de esa década, en 1939.

Una historia diferente es la del Partido Agrario que devino en Agrario Laborista. El Partido Agrario fue creado en los inicios de la década de 1930 por agricultores de la zona de la Araucanía, en defensa de la agricultura, descuidada —decían— por la apuesta en la industrialización a la cual se habrían sumado conservadores y liberales. Pero el nuevo partido no pudo constituirse en la expresión política del conjunto de los agricultores, como ellos querían, pues no fue reconocido como tal por la Sociedad Nacional de Agricultura. Así es que quedó como un partido de alcance regional, desde Talca a Temuco, logrando apenas un 2% del electorado. Por eso, en 1945, se fusionaron con grupos provenientes del ibañismo con quienes crearon el Partido Agrario Laborista. Éste permaneció muy poco tiempo en las filas de las derechas, solo desde 1945 a 1951, años en los que fue dirigido por el fundador del Partido Agrario, Jaime Larraín García-Moreno, quien previamente había presidido la Sociedad Nacional de Agricultura, y la Confederación de la Producción y del Comercio cuando ésta recién se creara. Los agrario-laboristas se definieron como nacionalistas y corporativistas. En 1951, el Partido Agrario Laborista decidió llevar la candidatura presidencial de Carlos Ibáñez del Campo, motivo por el cual se quebró. Jaime Larraín creó el Partido Nacional Agrario, el cual fue adoptando distintos nombres, pero no tuvo relevancia en la historia política. Por su parte, el Partido Agrario Laborista, convertido en un conjunto abigarrado de fracciones, se alejó del campo de la derecha, y constituyó el principal apoyo político de Ibáñez en su segunda presidencia. Al final de ésta, se disolvió y sus dirigentes se dispersaron entre los partidos de las

izquierdas, como fue el caso de Rafael Tarud, y la naciente Democracia Cristiana donde muchos de ellos llegaron a tener una destacada actuación, como fue el caso de Alejandro Hales.

Por último, entre los partidos que no pueden ser confundidos como de derechas está el Movimiento Nacional Socialista chileno, creado en 1932. Los jóvenes nasis chilenos (así con c decían ellos mismos para distinguirse de los nazis alemanes) eran tan antioligárquicos como anticomunistas, se definían como nacionalistas, corporativistas y portalianos, y se autoconsideraban de izquierdas, socialistas. De allí que fuese posible que en 1938 le traspasaran sus votos al Frente Popular en la elección presidencial.

De modo que, volvemos a insistir, el campo político de la derecha es, en ese período inicial, bipartidista: se expresa en los partidos Conservador y Liberal. Hubo también algunos pequeños partidos nacionalistas, de escaso alcance electoral, que se situaban en los márgenes de este eje de las derechas. Desde que liberales y conservadores se constituyen como la derecha chilena a inicios de los años 30, hasta mediados de los años 60, estos dos partidos están diferenciados entre sí aunque unidos en lo esencial. Comparten su visión de mundo; su visión de la sociedad chilena configurada a partir de la matriz del orden social jerárquico hacendal; su visión de la historia nacional como una temprana y exitosa construcción de la institucionalidad republicana que logra la valorada estabilidad política, historia de la cual se sienten orgullosos herederos. También están unidos en la defensa de intereses comunes identificables principalmente con la propiedad privada y con el orden hacendal. Adicionalmente, los dos partidos de la derecha chilena compartían su adhesión y defensa de la institucionalidad democrática liberal representativa, que les permitía, desde el Congreso Nacional, convertir su poder social en poder político, gracias a los cuantiosos votos que lograban movilizar en cada elección.

Entre los partidos que no pueden ser confundidos como de derechas está el Movimiento Nacional Socialista chileno, creado en 1932.

Por otra parte, a conservadores y liberales los diferenciaban cuestiones doctrinarias de antigua data decimonónica. No son variables económico-sociales las que explican el bipartidismo de la derecha chilena; en ambos partidos había tanto dirigentes enraizados en el empresariado urbano como en el mundo agrario, porque la elite dirigente chilena siempre había diversificado sus intereses en todas las áreas de la economía, eliminando de este modo las fisuras que podrían haber existido entre empresarios urbanos y terratenientes rurales, muchos de ellos con sus intereses diversificados en todas las áreas de la economía.

Los conservadores siguieron siendo, hasta principios de los años 60, el brazo político de la Iglesia Católica; los liberales mantenían distancia con aquélla. ¿Tenía esta diferencia impacto en lo político? A pesar

de las apariencias, dada la separación Iglesia Estado que trajo consigo la Constitución de 1925, esta diferencia tuvo impacto político. Así es como, por motivos doctrinarios remontables a disposiciones papales, los conservadores se negaron a negociar con combinaciones políticas que incluyeran al Partido Comunista. Los liberales, en cambio, se entendieron permanentemente con los dirigentes del Partido Radical, que manejaban el Poder Ejecutivo aliados a socialistas y comunistas. Buscaron cooptarlos y atraerlos hacia su visión política, y de ese modo lograron neutralizar la sindicalización campesina y aseguraron el apoyo estatal a la empresa privada. Los liberales compartieron ministerios con los comunistas bajo Gabriel González Videla y terminaron sacándolos del gobierno, lo que condujo pronto a su proscripción, a la que, por el contrario, se opuso la directiva socialcristiana del Partido Conservador, dividiendo al partido. Tanto así que liberales y conservadores, junto a los radicales, integraron el gabinete de González Videla una vez que éste rompió sus relaciones con el Partido Comunista.

La diferencia entre las estrategias políticas de los dos partidos de la derecha podemos observarla en la elección presidencial de 1946, a la vez que con ella podemos aquilatar el peso que tuvo el socialcristianismo en la derecha. El comienzo de la posguerra remeció políticamente a las fuerzas católicas en Chile, ya tensionadas previamente entre el liberalismo que permeaba al Partido Conservador y el corporativismo socialcristiano con el cual se había identificado la Falange Nacional. El abandono del corporativismo en la posguerra no significó una renuncia al socialcristianismo entre los falangistas, sino una búsqueda de entrelazar socialcristianismo y democracia de la mano de filósofos franceses católicos, particularmente Jacques Maritain. Por otra parte, el socialcristianismo de los partidos católicos europeos de la posguerra atrajo a dirigentes del Partido Conservador. Los socialcristianos conservadores encontraron en el doctor Eduardo Cruz-Coke un líder que podría conducirlos hacia el éxito político. Lo que no midieron es que el liderazgo de Cruz-Coke, socialcristiano y populista, terminaría por quebrar la alianza liberal-conservadora —en las elecciones presidenciales de 1946— y, tres años más tarde, al mismo Partido Conservador, como consecuencia de la discusión de la ley anticomunista.

La diferencia entre las estrategias políticas de los dos partidos de la derecha podemos observarla en la elección presidencial de 1946.

La historia de este quiebre ilustra las cuestiones que tensionaron las relaciones entre los dos partidos, y su resolución. Previo a las elecciones presidenciales de 1946, las fuerzas de derecha sumaban 42% de los votos, lo que les permitía ganar la elección presidencial pues las izquierdas iban divididas entre los socialistas con candidato propio y los comunistas que apoyaban al candidato del Partido Radical. Contando con el liderazgo y carisma de Eduardo Cruz-Coke, los conservadores se resistieron férrea-

mente a renunciar a su candidatura, y lo llevaron con apoyo falangista, seguros de su triunfo electoral. Por su parte, los liberales prefirieron perder la Presidencia antes que apoyar a Cruz-Coke, quien con su discurso anticapitalista y antioligárquico les resultaba impredecible una vez en el gobierno. Preferían, en ese caso, una estrategia ya probada: entenderse eventualmente con los radicales, negociar con ellos, cooptarlos, aunque esta vez fueran con una candidatura más a la izquierda con apoyo de los comunistas, bajo el liderazgo del dirigente antiderechista Gabriel González Videla. De modo que la disputa electoral se dio entre cuatro candidatos. La primera mayoría de los radicales no fue absoluta, y la segunda la obtuvo Cruz-Coke. No habiendo conseguido mayoría absoluta ningún candidato, el resultado de la elección presidencial quedaba en manos del Congreso, por primera vez, según las disposiciones de la Constitución de 1925. Los conservadores esperaban recibir el apoyo de los liberales, sus aliados hasta entonces, para llegar a La Moneda. Los liberales, en cambio, antes que elegir un conservador populista prefirieron negociar con los radicales, para darles sus votos en el Congreso y asegurar así su elección a la Presidencia. En dicha negociación, los liberales se concentraron en dos aspectos centrales para los intereses de la derecha: lograron que la sindicalización campesina se fijara por ley y no dependiera de una decisión administrativa para contenerla, y pidieron su lugar en el gabinete para neutralizar a los comunistas. Así, los liberales entraron al primer gabinete del gobierno de González Videla junto a los radicales y a los comunistas. El Partido Conservador quedaba en la oposición.

En 1957, dado su escaso apoyo electoral, los conservadores socialcristianos y los falangistas, más otros pequeños grupos, decidieron unir fuerzas en un partido común y crearon el Partido Demócrata Cristiano.

La ruptura entre los dos partidos de la derecha parecía irreparable. Sin embargo, el quiebre que pronto acaeció en el Partido Conservador, tensionado por el socialcristianismo, permitió rehacer la alianza liberal-conservadora con el sector de este partido que optó por el capitalismo y la democracia liberal. Tras la ruptura de González Videla con los comunistas, este sector del Partido Conservador asumió responsabilidades ministeriales junto a los liberales y los radicales. Por otra parte, aquel sector de los conservadores que no aceptó rehacer la alianza con los liberales, dadas sus convicciones socialcristianas, continuó alejándose de la derecha al consolidar sus vínculos con los falangistas. En 1957, dado su escaso apoyo electoral, los conservadores socialcristianos y los falangistas, más otros pequeños grupos, decidieron unir fuerzas en un partido común y crearon el Partido Demócrata Cristiano, el que nació a la vida política como una vía alternativa a izquierdas y derechas, con un camino propio, distintivo. El socialcristianismo quedaba fuera de la derecha definitivamente.

Liberales y conservadores, vinculados estrechamente al empresariado organizado, apoyaron las políticas económicas y sociales de la industrialización sustitutiva de importaciones, llevada adelante desde los años 30, a partir del segundo gobierno de Arturo Alessandri, e impulsada intensamente a través de la Corfo en la década del 40, bajo los gobiernos conducidos por el Partido Radical. Es decir, ambos partidos apoyaron una política que implicaba fuertes inversiones públicas en fomento productivo y generosos créditos al sector privado. A la vez, la derecha no objetó mayormente las políticas de intervención estatal en las variables económico-sociales, tales como la fijación de precios y salarios y del valor de la moneda, y la implantación de cambios múltiples que permitían controlar el comercio exterior. El Estado, que también tiende a ser llamado “de bienestar”, favoreció la actividad empresarial privada con su política de construcción de viviendas para sectores de empleados y obreros, y apuntó a mantener la paz social con el gasto público en salud, vivienda, educación y previsión para los sectores medios en expansión y para los trabajadores de la industria manufacturera. La derecha solo se distanció de este modelo de industrialización en cuanto éste cobijó un creciente activismo de los sindicatos industriales, mineros y de empleados públicos, cuyos llamados a paralizar las actividades económicas con huelgas prolongadas comenzó a preocuparle crecientemente, tanto a los partidos de la derecha como al empresariado, eficazmente organizado.

Liberales y conservadores, vinculados estrechamente al empresariado organizado, apoyaron las políticas económicas y sociales de la industrialización sustitutiva de importaciones.

En ese contexto, y tal como hemos visto, la estrategia de los partidos de la derecha, particularmente del Partido Liberal, para neutralizar las políticas de izquierda de los gobiernos encabezados por los radicales, se centró tanto en la cooptación de sus dirigentes como en su capacidad de negociación. Esta, a su vez, descansaba en la fuerte representación parlamentaria de los partidos de la derecha. Ante un electorado de menos de 500.000 votantes en la década de 1940, los partidos Liberal y Conservador controlaban un 42% de los votos. Muchos de éstos eran votos cautivos del mundo hacendal, donde los inquilinos no desafiaban la autoridad del terrateniente, no aún; o bien eran votos que reflejaban lealtades clientelísticas y doctrinarias de vieja data, que hundían sus raíces incluso en el siglo XIX; y no pocos de sus votantes respondían a los incentivos del cohecho o compra de votos. Ante tal electorado, escasamente politizado, los partidos de la derecha no necesitaban articular un discurso propositivo, ni menos uno ideológico; tampoco era necesario que atrajesen o entusiasmasen al elector con propuestas políticas. En esos años, los partidos de la derecha, para defender sus intereses y su visión de mundo,

podían descansar seguros del éxito de sus estrategias de cooptación y negociación, desplegadas hacia las cúpulas de los partidos de centro, y de izquierda inclusive. Hasta los años 50. La elección presidencial de Ibáñez, convertido en un candidato populista, marcó un punto de inflexión.

En efecto, el distanciamiento de las diversas fuerzas de la derecha con el modelo de industrialización sustitutiva de las importaciones con un Estado intervencionista, se producirá en los años 50, por factores políticos y económico-sociales. Es que, bajo el gobierno de Ibáñez, en la etapa en la cual predominaron los sectores izquierdistas del Partido Agrario Laborista, con Rafael Tarud como ministro de economía, las fuerzas de derecha –partidistas y empresariales- perdieron el control, hasta entonces asegurado, de las agencias estatales encargadas del manejo de la economía. Al mismo tiempo, la inflación llegaba a niveles no vistos hasta entonces, de sobre el 80%, y las huelgas se sucedían con intensidad y simultaneidad.

Surgió entonces el liderazgo de Jorge Alessandri. Curiosa figura. Perteneciente a una de las dinastías más poderosas de la política chilena, se definía como apolítico; presidente de la Confederación de la Producción y del Comercio que reunía a las cuatro grandes asociaciones empresariales del país, y presidente de una de las mayores empresas privadas del país, la Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones, Alessandri hacía gala de austeridad. Desde la presidencia de la Confederación de la Producción y del Comercio, se convirtió en el portavoz de un nuevo proyecto de desarrollo económico basado en mercados abiertos y liberados de la intervención estatal. El control de la inflación, el gran flagelo de esos años, se lograría contrayendo la demanda, aseguró, ya que de momento no era factible expandir rápidamente la oferta de bienes.

Surgió entonces el liderazgo de Jorge Alessandri. Curiosa figura. Perteneciente a una de las dinastías más poderosas de la política chilena, se definía como apolítico.

Jorge Alessandri conquistó la presidencia de la República en 1958 en una reñida elección en la cual la alianza socialista-comunista liderada por Salvador Allende le pisaba los talones. Inició su gobierno sin representantes partidistas en su gabinete, el que estuvo compuesto solo por figuras del empresariado. Este fue el primero de una serie de golpes que recibirían los partidos de la derecha, y se los propinaban desde su propio sector, con un Presidente que los exiliaba de La Moneda a pesar de cuantos votos le hubiesen traspasado. En el manejo de la economía, el gobierno de Alessandri tuvo un llamativo éxito inicial. Sin embargo, al tercer año de gobierno, el nuevo modelo económico que se intentaba imple-

mentar sufría un estruendoso fracaso. Entonces Alessandri tuvo que acudir al auxilio de los partidos de la derecha, y muy pronto tuvo que recurrir también al Partido Radical, y concederle sus exigencias de abandono del proyecto empresarial e impulso de nuevas políticas reformistas, entre ellas, la Reforma Agraria que, tras la Revolución Cubana, reclamaban los Estados Unidos y la jerarquía eclesiástica.

El fracaso del gobierno de Jorge Alessandri repercutió dramáticamente en los dos partidos de la derecha, por varios motivos. En primer lugar, porque en la medida en que todo el proyecto político de este gobierno se centró en la transformación de la economía, al fracasar el intento de modernización capitalista que Alessandri había propuesto como solución de los males del país, la derecha se quedó sin discurso propositivo en tiempos en que se había vuelto necesario atraer al electorado, ya mucho más politizado; sin propuesta política con visión de futuro, los partidos de la derecha se concentraron en una postura anticomunista enteramente defensiva. Por otra parte, cuando en la segunda mitad del gobierno de Jorge Alessandri los partidos de la derecha quisieron conducir el proceso de reformas, particularmente la Reforma Agraria, el resultado fue magro y las exigencias reformistas se profundizaron aún más en la sociedad chilena. A lo anterior, se agregará el discurso antipartidos del mismo Alessandri, quien con insistencia culpó a los partidos políticos del fracaso de su gobierno, sin distinguir entre aquellos que eran sus aliados de aquellos de oposición. Adicionalmente, en plena Guerra Fría, la potencia capitalista rectora de la política occidental rechazaba a las derechas latinoamericanas y apostaba —con abundantes recursos— por la Democracia Cristiana chilena como la alternativa continental para hacer frente a la Cuba castrista aliada a Moscú.

El fracaso del gobierno de Jorge Alessandri repercutió dramáticamente en los dos partidos de la derecha, por varios motivos.

A lo anterior es necesario agregar la destrucción del Partido Conservador por el giro de la jerarquía eclesiástica hacia la Democracia Cristiana, y su apuesta por el liderazgo de Eduardo Frei, que les prometía tener —al fin— un Presidente militantemente católico. La carta pastoral del episcopado chileno en septiembre de 1962, titulada “El deber social y político en la hora presente”, sepultó la alianza entre el Partido Conservador y la jerarquía eclesiástica chilena, no quedándole ya razón de ser a este partido nacido algo más de un siglo antes, tras “la cuestión del sacristán”, precisamente para defender los intereses y doctrina de la Iglesia Católica en las lides de la política. Militantes y dirigentes del Partido Conservador, especialmente entre los más jóvenes, comenzaron a renunciar masivamente para engrosar las filas de la Democracia Cristiana.

Todo confluía en contra de los partidos de la derecha chilena, a quienes además el sentir del electorado nacional se les escapaba de las manos, electorado cada vez más politizado que se volcaba con inusitado entusiasmo hacia la oferta revolucionaria de las izquierdas y de la Democracia Cristiana.

En ese contexto político se realizó una elección complementaria senatorial por Curicó, en marzo del 64, a meses de la elección presidencial —el famoso “naranjazo”—. Seguros de resultar victoriosos en una circunscripción rural, los partidos de la derecha le dieron carácter plebiscitario a la elección. Por eso, el triunfo electoral del candidato de la izquierda precipitó el colapso de los partidos de la derecha. A pesar que aliados con los radicales controlaban más de 32% del electorado, los partidos Liberal y Conservador, atemorizados de un posible triunfo de la izquierda marxista en las elecciones presidenciales, decidieron darle su apoyo incondicional al candidato de la Democracia Cristiana, quien les respondió que ni una coma de su programa cambiaría por ese apoyo derechista. Estamos ante un sorprendente suicidio político. Los partidos de la derecha, diestros en la negociación y la cooptación, estrategia exitosamente probada con los dirigentes radicales durante décadas, se desprendían de su poder político y entregaban un incondicional apoyo al candidato demócrata cristiano que prometía neutralizar a la izquierda con una revolución que incluía el fin del orden hacendal. No es sorprendente, por tanto, que en la elección parlamentaria de 1965, los partidos Liberal y Conservador, en conjunto, apenas alcanzaran a obtener un 12,5% de los votos. Habiendo perdido casi toda su fuerza electoral, y en un contexto que apelaba por doquier a la revolución, sus dirigentes tomaron la decisión de poner fin a los partidos históricos de la derecha.

A pesar que aliados con los radicales controlaban más de 32% del electorado, los partidos Liberal y Conservador, atemorizados de un posible triunfo de la izquierda marxista en las elecciones presidenciales, decidieron darle su apoyo incondicional al candidato de la Democracia Cristiana.

A mediados de la década del 60, la derecha política dejaba de ser bipartidista. Dada la amenaza de extinción, los dirigentes de los partidos Liberal y Conservador decidieron reunirse junto a los sectores nacionalistas hasta entonces marginales, en un partido instrumental y confrontacional, como debe ser entendido, a mi juicio, el Partido Nacional. Dirigido por Sergio Onofre Jarpa, quien venía del Partido

Agrario de Jaime Larraín García-Moreno, el Partido Nacional asumió la defensa del orden social y del derecho de propiedad, ambos en tela de juicio en el proceso revolucionario en desarrollo. Con este discurso, acompañado de una actuación política como oposición sin concesiones, lograron aumentar rápidamente el apoyo electoral de la derecha, al 20% del universo electoral, con el voto de sectores de las clases medias temerosas de la dirección que tomaba la política.

Con el golpe militar de 1973, el Partido Nacional decide disolverse. Durante la dictadura, la vieja derecha liberal y conservadora desaparece de escena definitivamente, como también desaparece el viejo Chile. Son otras las figuras, otras las estrategias, otros los proyectos, de las fuerzas de derecha, que le imprimen su sello a las transformaciones neoliberales y al nuevo orden institucional. Se trata de otra historia política.

Pero, a modo de epílogo, podremos especular pues, como en toda historia, también es posible visualizar continuidades del presente con el pasado. Una vez que, en 1990, se inicia el período de transición a la democracia bajo la conducción de una inédita alianza entre el Partido Demócrata Cristiano y el Partido Socialista, bien conocida como Concertación de Partidos por la Democracia, vuelve a aparecer la derecha diferenciada en dos partidos políticos, Renovación Nacional y la Unión Demócrata Independiente. La capacidad de negociación y cooptación demostrada por el empresariado y por los partidos de la derecha, que vimos desplegada en los años 40, se verá reflejada en las estrategias de la derecha partidista y empresarial desde los 90 hasta fines de la década del 2000.

Nuevamente la derecha se expresaba políticamente en dos partidos, diferenciados por estilos y liderazgos, a la vez que unidos por visiones compartidas sobre el pasado reciente y el futuro cercano. El carácter jerárquico y disciplinado del Partido Conservador pareciera reflejarse en la organización de la UDI; no por casualidad Jaime Guzmán, su fundador, militó en las filas de la Juventud Conservadora. Mientras que RN se asemejaría al Partido Liberal en la autonomía algo rebelde de sus dirigentes, y en su mayor pragmatismo para negociar con sus oponentes. La UDI se definió a sí misma como un partido de vocación popular que aspiraba a recoger el voto de los sectores más pobres, no muy distinto al viejo Partido Conservador que decía representar a todo el pueblo católico, con lo que entendía al pueblo chileno en su totalidad, en la medida en que éste era católico.

El carácter jerárquico y disciplinado del Partido Conservador pareciera reflejarse en la organización de la UDI.

Al igual que con el bipartidismo histórico de la derecha, la nueva expresión en dos partidos no responde a una representación diferenciada de intereses económicos disímiles. No. La derecha chilena

se ha articulado en dos partidos porque éstos reflejan diversas sensibilidades o culturas políticas, las que tienen como efecto la adopción de distintas estrategias por cada partido, y un electorado que no se traslada sin más del uno al otro. No obstante, sus partidos comparten su adhesión al desarrollo capitalista impulsado por la empresa privada, y a un orden institucional que les permita utilizar su poder político como instrumento de negociación en defensa de intereses y visiones de mundo compartidas.

Avanzada la década del 2010, surgen nuevos partidos y cambian las alianzas tanto en el campo de las izquierdas como en las derechas, aparecen los primeros indicios de una transformación del sistema de partidos chilenos, la cual en el año 2020 aún no termina por decantarse. Está por verse si tanto derechas como izquierdas mantendrán su histórico bipartidismo.

REFERENCIAS

Correa Sutil, S. 2005. Con las riendas del poder. La derecha chilena en el siglo XX. Santiago: Editorial Sudamericana.

La historia intelectual de la derecha chilena como acervo para una comprensión política del presente

HUGO HERRERA

- Es todavía de uso común entender a la derecha chilena como un sector más bien monolítico. Hay antecedentes que favorecen esa comprensión. La dictadura y la transición están, efectivamente, marcadas por la hegemonía de un tipo específico de derecha en nuestro país. Podría llamársela “Chicago-Gremialismo”.
- Si se estudia la historia larga de ese sector político, sin embargo, aparece una imagen muy distinta. Es posible percatarse de la presencia de otras tradiciones. El “Chicago-Gremialismo” es más bien una anomalía en una historia en la que se advierte una mayor complejidad y calado teórico.
- En este texto se intenta mostrar que en la historia larga existen corrientes distintas de la síntesis dominante en la dictadura y la transición. Además, que en esas otras corrientes es posible pesquisar un acervo ideológicamente denso y hermenéuticamente dotado, cuya consideración reflexiva permite volver sobre la situación actual y comprenderla de manera más pertinente que bajo las tesis de la síntesis mentada.
- Con ese objetivo, el documento se detiene primero en la pregunta “¿qué es la derecha”? Luego, distingue entre lo que aquí se denomina la historia fáctica y la historia intelectual de la derecha. Respecto a esta última, el artículo discierne cuatro tradiciones, divididas en dos ejes: el primero considera el talante cristiano o laico de las vertientes; el segundo, la adhesión ya sea al liberalismo económico o a una concepción política más atenta al significado del Estado y la integración social.
- El documento concluye que la consideración conjunta de la historia fáctica y la historia intelectual de la derecha revela una mayor complejidad y densidad de su pensamiento que la síntesis más usual de las últimas décadas. La apropiación reflexiva de esa historia permite dotar a la derecha de un pensamiento de mayor densidad y calado hermenéutico que el discurso de economicismo y subsidiariedad negativa.

Palabras clave: “Chicago-Gremialismo”, tradiciones de derecha, historia fáctica, historia intelectual, comprensión política.

HUGO HERRERA. Abogado de la Universidad de Valparaíso; Dr. Phil. de la Julius-Maximilians-Universität (Würzburg); profesor titular en la Facultad de Derecho de la Universidad Diego Portales.

Es todavía de uso común entender a la derecha chilena como un sector más bien monolítico. Hay antecedentes que favorecen esa comprensión. La dictadura y la transición están, efectivamente, marcadas por la hegemonía de un tipo específico de derecha en nuestro país. Podría llamársela —como hace Jovino Novoa— “Chicago-Gremialismo” (2013, 184). La expresión alude a la conjunción operativa de dos tradiciones. Por un lado, un pensamiento de cuño neoliberal. Éste asume un atomismo social individualista, para el cual la sociedad es una agregación de sujetos concebidos como entidades independientes y el fin último de la sociedad es la libertad de esos sujetos. El neoliberalismo plantea, además, la tesis de que la base de un orden político adecuado es un orden económico de mercado. Escribe Friedman: “El país es la colección de individuos que lo componen, no algo sobre y encima de ellos” (2002, 1-2). El liberal “considera al gobierno como un medio, como una instrumentalidad” (2002, 2). “Él no reconoce otro fin nacional allende el consenso de objetivos a los cuales los ciudadanos sirven separadamente. No reconoce otro propósito nacional que el consenso de los propósitos a los cuales los ciudadanos tienden separadamente” (2002, 2). Esta coordinación de consenso social e inclinación individual descansa en el supuesto de que los individuos no desearían más que la satisfacción del interés individual coordinada por el mercado. “La libertad es el fin último y el individuo es la entidad última de la sociedad” (2002, 5). “Tomamos la libertad del individuo [...] como nuestro último fin al juzgar los arreglos sociales” (2002, 12). Respecto a la segunda de las posiciones fundamentales del neoliberalismo político (neoliberalismo económico como condición de un orden político adecuado), afirma Friedman: “El capitalismo” es “un sistema de libertad económica y una condición necesaria de la libertad política” (2002, 4; cf. 2002, 10). “La libertad económica es [...] un medio indispensable para la consecución de la libertad política” (2002, 8). “El problema básico de la organización social es el de cómo coordinar las actividades económicas de grandes números de personas” (2002, 12).

El neoliberalismo plantea, además, la tesis de que la base de un orden político adecuado es un orden económico de mercado.

Al neoliberalismo se agrega, por otro lado, el pensamiento gremialista, articulado desde fines de los sesenta por Jaime Guzmán, según una interpretación peculiar de la Doctrina Social de la Iglesia. Guzmán aboga por la prioridad del ser humano respecto de la sociedad y el Estado (Declaración de principios del Gobierno de Chile 1974, 14; El Gremialismo y su postura universitaria en 27 preguntas y respuestas 1980, 3; Guzmán 1965, 4). Renato Cristi muestra cómo esta afirmación de la prioridad del ser humano es una interpretación especial, de inclinación individualista, de la Doctrina Social de la Iglesia (cf. Cristi 2000, 61-64). En virtud de esa prioridad, el Estado está “al servicio de la persona,

y no al revés”. No obstante que cuando escribe sobre el bien común Guzmán aclara que él no es “la mera suma de los bienes individuales, como lo suponía el liberalismo clásico, sino un bien de naturaleza distinta y superior al bien individual”, con todo, el bien común queda circunscrito por la funcionalización que ya ha realizado Guzmán del Estado al individuo. Advierte que la superioridad del bien común respecto del bien individual “no debe hacernos perder de vista que es la sociedad la que debe ordenarse al bien del socio, y no al revés” (El Gremialismo, p. 3, pregunta 4; Guzmán y Novoa 1970, 82). El bien del individuo es el criterio, finalmente, del bien común. El papel del Estado, de su lado, es estrictamente limitado a las labores de un árbitro del buen funcionamiento social (orden público, defensa, regulación y fiscalización en la economía, así como la redistribución dirigida a superar “los niveles de pobreza juzgados incompatibles con la dignidad humana”. Guzmán 1979, 12; 1981, 2; 1986, 2; 1991[1982], 443). El gremialismo promueve, asimismo, una despolitización de los cuerpos intermedios, bajo la premisa de que cada uno de ellos posee fines naturales determinables con independencia de consideraciones de carácter político.

El gremialismo rechaza toda instrumentalización ideológico-política que se pretenda hacer de dichas entidades, y denuncia el agudo exceso en que al respecto se llegó en los años previos a 1973, como uno de los síntomas más graves del desquiciamiento general a que el país fue arrastrado en esa etapa de su historia. (El Gremialismo, 2)

Cada organización social tiene sus fines específicos, esos fines naturales se dejarían discernir con independencia de las concepciones políticas: “Esa finalidad específica de cada agrupación humana puede determinarse objetivamente, sin necesidad de recurrir a ideología política alguna” (El Gremialismo, 3).

Desde los ochenta hasta 2010, esta fue la visión hegemónica en la derecha chilena.

Si se estudia la historia larga de ese sector político, en cambio, aparece una imagen muy distinta. Es posible percatarse de la presencia de otras tradiciones. El “Chicago-Gremialismo” es más bien una anomalía en una historia en la que se advierte una mayor complejidad y calado teórico.

Cada organización social tiene sus fines específicos, esos fines naturales se dejarían discernir con independencia de las concepciones políticas

En este texto intentaré mostrar que en la historia larga existen corrientes distintas de la síntesis dominante en la dictadura y la transición. Además, que en esas otras corrientes es posible pesquisar un acervo ideológicamente denso y hermenéuticamente dotado, cuya consideración reflexiva permite vol-

ver sobre la situación actual y comprenderla de manera más pertinente que bajo las tesis de la síntesis mentada.

Es menester hacer aquí ciertas aclaraciones. Primero, me detendré en una cuestión que requiere una elucidación previa: la pregunta “¿qué es la derecha?”; si cabe discernir una esencia suya o, al menos, algo que la identifique. Segundo, distinguiré, dentro del pasado de la derecha, lo que llamo la historia fáctica de ella, de la que entiendo como su historia intelectual. En los estudios sobre la derecha chilena se tiende a marcar el énfasis en la historia fáctica y, de esa manera, se dificulta o cierra el paso a sus contribuciones en la cuestión de la comprensión política. Si se atiende no solo a la historia fáctica del sector, sino también a su historia intelectual, cabe discernir cuatro tradiciones. A partir de la consideración de ellas es posible dar con un acervo ideológico mucho más complejo y eventualmente fecundo que en el pensamiento más estreñido de la derecha de Guerra Fría.

1.

¿QUÉ ES LA DERECHA?

Damos por sentada la existencia de la derecha, pero cuando nos preguntamos por lo que la define resulta que consta como algo difuso y variable; se halla afectada por un dinamismo y una multiplicidad que la vuelven resistente a las categorizaciones perpetuas. Al momento de indagar en la derecha ocurre que, por varias razones, parece difícil identificar una eventual esencia de ella.

“Derecha” e “izquierda” son términos correlativos. Dependen uno de otro. Si no hay izquierda tampoco hay propiamente derecha; y de la izquierda que exista en un determinado momento depende qué entendamos por derecha, y viceversa. ¿Qué es la derecha? “Lo que no es izquierda”. Pero, ¿qué es la izquierda? Si respondemos con un “lo que no es derecha”, entramos en un círculo. Es menester contar con otras maneras de discernir a la derecha (y a la izquierda). Incluso así, sin embargo, sigue valiendo respecto de lo que alcancemos a identificar como derecha: la derecha depende, también, de la manera en la que aparezca la respectiva izquierda.

“Derecha” e “izquierda”, además, son términos polisémicos. Se usan en campos diversos: político-institucional, económico, moral, incluso estético. Las posiciones admiten ser combinadas y, por ejemplo, la afirmación de una economía mixta aparece, en un determinado contexto, unida al laicismo y al autoritarismo; o el liberalismo económico ligado al conservadurismo moral y a una postura democrática-liberal, etcétera. Decir “derecha” en uno de esos campos no significa, entonces, necesariamente, decir “derecha” en todos ellos.

Más aún, los énfasis con que se asuman las respectivas posiciones afectan la localización en el espectro político. Hoy los socialistas son habitualmente más moderados que los comunistas; pero su patetismo

revolucionario en los sesenta y comienzos de los setenta llevaba a invertir las ubicaciones. Los fascistas italianos se hallaban, en su aprecio al Estado, en cierto modo, más a la izquierda que los liberales; pero por su estilo y sus acciones directas, tendemos a ponerlos a la derecha de los usualmente más circunspectos partidarios de la economía de mercado y la democracia constitucional de aquella época.

Es definitivamente difícil hablar de una esencia de la derecha —y de la izquierda—, porque la política es una actividad humana. A diferencia de objetos determinados, la esencia humana se caracteriza, fundamentalmente, por estar más allá de esa esencia. Nos hallamos originariamente puestos ante la tarea de decidir cómo vivir nuestras vidas, cómo conducir nuestro destino. Esta tarea no se refiere solo al pasado, ni está condicionada completamente por él, sino que depende también de los individuos y conglomerados que la asuman. El pasado, en este sentido, influye en la decisión política, pero no la determina. Lo que la derecha ha sido no condiciona completamente lo que ella será.

Las decisiones personales y colectivas, de su lado, van conformando el panorama político de maneras dinámicas. Las decisiones adoptadas dentro de una tradición modifican esa tradición, así como el contexto político general en el que acontecen. Se producen mutaciones, además, no solo de las situaciones en las que opera un conglomerado político, sino también de los criterios según los cuales ese conglomerado se comprende a sí mismo. Derecha e izquierda, de estas maneras, van cambiando, ellas se modifican a sí mismas y se deslindan una y otra vez respecto de la otra, y todo esto de forma que el conjunto total del panorama político se va alterando, sin detenerse.



Es definitivamente difícil hablar de una esencia de la derecha —y de la izquierda—, porque la política es una actividad humana.

No hay una esencia fija de la derecha. Pero, entonces, ¿qué es la derecha? ¿Cómo saber qué es ella?

Que no quepa estacarla a una esencia no significa que sea una posición puramente arbitraria. Sus contornos, aunque eventualmente difusos y cambiantes, responden a procesos y relaciones que constan con cierta independencia de las voluntades individuales. Esos procesos y relaciones se estabilizan parcialmente, de tal suerte que ellos resultan, hasta cierto punto, discernibles al estudioso. Para que la definición no sea una mera ideación desarraigada, es necesario atender a la situación política concreta y a cómo ella se despliega a lo largo de la historia, vale decir, es menester considerar la realidad en la cual encarna y se configura concretamente la derecha como sector político, siempre reparando, empero, en el dinamismo que afecta, de las maneras referidas, la identidad del acontecimiento. De esta forma no llegaremos a una esencia de la derecha, aunque sí a un uso del término según el cual podamos entendernos y eventualmente hacer luz y discernimiento en el transcurso de abigarrados procesos.

2.

HISTORIA FÁCTICA E HISTORIA INTELECTUAL DE LA DERECHA

Usualmente se liga a la derecha chilena con la oligarquía social y económica. Sofía Correa, por ejemplo, repara en la concentración de la derecha oligárquica en unas pocas familias de Santiago (cf. Correa 2011, 9, 25-37). Aunque la competencia democrática obliga a los partidos de derecha a volverse “pluri-clasistas”, el centro de impulsión persiste oligárquico. Para Correa, las dos corrientes anti-oligárquicas en la derecha, el socialcristianismo y los movimientos nacional-populares, han tenido una influencia más bien escasa en ella, cuando no, recibido su hostilidad (cf. 2011, 55, 57-60, 79, 171-174, 194). Ella llega a identificar “derecha política” con “oligarquía” (2011, 44-45). Es menester, empero, discutir y complementar este tipo de aproximación. Debe repararse en que en la derecha también ha habido, y con continuidad e importancia, corrientes no-oligárquicas e incluso anti-oligárquicas, especialmente el socialcristianismo y el pensamiento nacional-popular (sobre la pertenencia del socialcristianismo y los nacional-populares a la derecha histórica, cf. Alenda, Le Foulon y Suárez-Cao 2020, 94-96; Fernández y Rumié 2020, 47-49, 51-53, 58-60).

Alenda, Le Foulon y Suárez-Cao discrepan de mi designación de la tradición nacional-popular:

La categorización de ‘nacional-popular’ no deja de ser cuestionable considerando que los sectores a los que alude Herrera en ningún caso reivindicaron lo ‘popular’, es más, desconfiaban abiertamente de los sectores populares vistos desde una mirada que osciló entre el paternalismo y el disciplinamiento autoritario (2020, 94).

Aunque los autores tienden a concebir al pueblo como una entidad pasiva y sus propuestas son educativas o de conformación del elemento popular en sede estatal y política, no deja, sin embargo, de tratarse de un pensamiento calificable de popular, en el sentido preciso de que todos ellos reconocen un valor al hecho popular. La literatura usualmente repara en ese reconocimiento. Hernán Godoy caracteriza así a la Generación del Centenario, en la que se incluyen Edwards y Encina. Identifica en ella una “tendencia antiimperialista y antioligárquica”, “rasgo populista, de afirmación de los valores del pueblo y de defensa de sus intereses dentro de un vago proyecto político de integración social y nacional”, propuestas de “industrialización” y de una “reforma educacional, con énfasis en el desarrollo de la enseñanza técnica dentro de un sistema educativo que realce los valores de la nacionalidad” (Godoy 1974, 160-161). Bernardo Subercaseaux escribe, en un sentido similar, de esa generación, ligándola a “un nacionalismo cultural de nuevo cuño”, que es, para él, “mesocrático y étnico, que amplía el concepto tradicional de nación”, que es “sensible a la ‘cuestión social’, proteccionista en lo económico, favorable al espíritu práctico, a una moral del esfuerzo y del trabajo, a una educación más ligada a la industria que a las letras” (Subercaseaux 2010, 27). Jorge Larraín señala de esa generación que está

provista “de una conciencia antiimperialista y antioligárquica” y efectúa “una nueva valorización del mestizaje” (2014, 103). En el caso de Mario Góngora, aunque de una generación distinta, nos hallamos con una actitud comprensiva y política de notas parecidas a las de los autores del Centenario. Los “grupos característicos de jóvenes”, entre los que se incluye a sí mismo, “a su manera, continuaron con la ‘autocrítica’ de Chile, comenzada en los años alrededor de 1900 por tantas figuras del mundo del pensamiento y del arte” (Góngora 1983, 14-15). Busca una consideración más atenta de la situación concreta y su significado existencial, que no se desentiende del “fondo ético colectivo” del pueblo (Góngora 1966, 177, 181; Góngora 1980b, 79; Góngora 1985, 60). En la medida en que en Encina, Edwards y Góngora se halla la idea de una articulación conformadora y desplegable del pueblo chileno, llamo “nacional” a su posición. Se constata en los tres una mirada continua a los anhelos populares, una observación detenida de su conformación y una consideración de las capacidades institucionales y políticas requeridas para brindarle expresión, que decantan en una crítica compartida de la oligarquía. Además, en los tres autores se acusa una concepción existencial e histórica y no esencialista del factor nacional, vale decir, la idea de nación a la que llegan no es excluyente sino integradora, receptiva del hecho del mestizaje y de las variaciones culturales que afectan al acontecimiento. Es en estos sentidos que me parece pertinente diferenciar esa concepción nacional de un nacionalismo de tipo racista, étnico, esencialista o excluyente, llamándola “popular” (remito también a lo que digo sobre el pensamiento de Encina, Edwards y Góngora aquí, más adelante, en la sección “Contribución a la comprensión política”).

En la medida en que en Encina, Edwards y Góngora se halla la idea de una articulación conformadora y desplegable del pueblo chileno, llamo “nacional” a su posición.

Desde 1883, Abdón Cifuentes, el líder del Partido Conservador, organizó y apoyó, a través de la Unión Católica, a círculos de trabajadores de barrios populares. El Partido Conservador se identifica crecientemente con los problemas sociales y económicos de las capas más pobres (cf. Stiven 2008, 483-497). La publicación de la encíclica *Rerum Novarum*, en 1891, influyó profundamente en los conservadores chilenos. Esta encíclica da expresión a un pensamiento socialcristiano que se venía desarrollando, especialmente en Alemania, a partir de las reflexiones de autores como el obispo Wilhelm Emmanuel Freiherr von Ketteler (cf. Freiherr von Ketteler 1864, 144). Von Ketteler, Adolph Kolping, Otto Müller y el partido católico Zentrum fueron pilares del despliegue del socialcristianismo y del involucramiento de la Iglesia católica y los conservadores alemanes con el movimiento

obrero (cf. Lehmann y Reifenberg 2014; Schwab 2011; constatan la recepción de von Ketteler en Chile, Cruzat y Tironi 1999, 129). A comienzos del siglo XX, Alfredo Barros impulsó las primeras leyes sociales (cf. Stuvén 2008, 483-497). Pablo Marín y Emilio Cambié, ambos conservadores, fundaron la Federación Obrera de Chile (cf. Ortiz 2005, 183-186). La presencia en organizaciones de trabajadores la mantuvieron los jóvenes conservadores en torno a la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos, la Falange Nacional y luego la Democracia Cristiana. Incluso tan tardíamente como durante el gobierno de Salvador Allende, gremios y sindicatos vinculados a la centro-derechista Confederación Democrática frenaron con eficacia los intentos de la Unidad Popular por establecer un socialismo real en el país.

El particular destino de la Democracia Cristiana en Chile, la cual llegó a estar aliada con el Partido Comunista, no le quita a ella su raigambre conservadora, ni impide notar que en las democracias más avanzadas —como la alemana, la francesa, la italiana o la austríaca— y hasta en el nivel de la Unión Europea (Partido Popular Europeo), los socialcristianos forman, como conservadores, en alianzas de derecha.

El particular destino de la Democracia Cristiana en Chile, la cual llegó a estar aliada con el Partido Comunista, no le quita a ella su raigambre conservadora.

Hay antecedentes suficientes para vincular al agrario-laborismo con una cosmovisión de derecha. No solo la izquierda entiende al agrario-laborismo como una fuerza de derecha, conservadora y burguesa (cf. Ramírez 1978, 9-33). Los propios agrario-laboristas se comprendían a ellos mismos como claramente enfrentados a la izquierda. En la Declaración de Principios, aprobada en el Congreso Nacional de Valdivia (del 15 al 18 de agosto de 1947), el Partido Agrario-Laborista se definía como contrario a la ideología de “la lucha de clases”. Se distanciaba explícitamente de “Moscú” y la declaración agregaba: “nuestras posiciones son anticomunistas, como integrantes de América y de la Cultura Europea-Cristiana-Occidental”. El partido apoyaba a “los EE.UU. en toda acción que implique defensa de la Cultura Occidental frente a los desbordes del comunismo asiático, pero sin que ello implique sometimiento alguno a ninguna presión militar, política ni económica” (Declaración de Principios; sobre el estatismo matizado del Partido Agrario-Laborista, cf. Garay 1990, 65-67). En la época en que deciden respaldar a Carlos Ibáñez, los agrario-laboristas insisten en su antimarxismo, en su defensa del principio de autoridad y el orden, en su rechazo a la tributación excesiva y en su exigencia de justicia social (cf. Partido Agrario Laborista, “Circular n° 1”, abril de 1951).

Es necesario, sin embargo, todavía hacer una consideración fundamental, la cual se halla ausente en esfuerzos históricos usuales sobre la derecha, y que debe añadirse a la breve relación que he efectuado de la historia del sector. La ampliación de la matriz ideológica de la derecha chilena adquiere envergadura decisiva cuando, a la referencia a lo que podríamos llamar su historia fáctica, se agrega la consideración de la historia intelectual de ella.

Entiendo por historia intelectual la que se concentra en las producciones teóricas de los pensadores de la derecha. Ella tiene influencia en la historia fáctica y los hechos son, de su lado, el punto de partida de muchas reflexiones teóricas. También ha ocurrido que los intelectuales de la derecha han actuado en política (así, Francisco Antonio Encina, Tancredo Pinochet, Luis Galdames, Alberto Edwards y Mario Góngora). Además hay políticos que llevan adelante reflexiones intelectuales de calado, como Jorge Prat o Jaime Guzmán. Ambos aspectos están atados. Sin embargo, son discernibles.

La distinción es importante, pues creo que para entender qué es la derecha y cuál es su acervo ideológico ha de atenderse no solo a la historia de hechos, especialmente porque en aquel acervo se guarda con mayor nivel de lucidez reflexiva la consciencia política de un sector.

Ciertamente, la historia fáctica de la derecha chilena durante el siglo XX y el actual muestra una preponderancia del elemento oligárquico, y las corrientes socialcristiana y nacional-popular han tenido una influencia, aunque significativa, comparativamente menor. Mas, si se atiende a la historia intelectual, creo que la tesis de un predominio oligárquico debe ser discutida, pues lo que ha prevalecido en términos de mérito ideológico, con una producción literaria descollante, son las corrientes nacional-popular y socialcristiana. En ellas se encuentran los discursos más complejos y hermenéuticamente dotados del sector.

3.

CUATRO TRADICIONES

Si se observa lo que ha sido no solo la historia fáctica de la derecha chilena, sino también su historia intelectual, se dejan identificar con facilidad cuatro tradiciones de pensamiento, las cuales hasta cierto punto coinciden con el derrotero de ese sector en otros países occidentales. En algunas de las cuatro el factor oligárquico es más determinante que en otras, donde no se presenta más allá del grado en el cual lo oligárquico está repartido por toda la actividad nacional y política. Esas cuatro tradiciones han operado como aliadas y también se han distanciado en ciertos momentos. No se trata de compartimentos estancos, sino que se comunican entre sí.

Las tradiciones pueden ser ordenadas en dos ejes. El primero considera el talante cristiano o laico de las vertientes. El segundo, la adhesión ya sea al liberalismo económico o a una concepción política

más atenta al significado del Estado y la integración social. Los ejes no tienen el mismo alcance. El primero abarca todo el espectro: desde el conservadurismo religioso y moral hasta el laicismo. El segundo eje, en cambio, va del liberalismo radical hasta una posición que es intermedia: la que, sin dejar de reconocer el papel del mercado en la vida social, entiende, además, la importancia del Estado y la cohesión en el pueblo. Queda excluido, así, en este eje, un rechazo fundamental del mercado como institución.

Según los dos ejes, se dejan, entonces, discernir cuatro posiciones: (1) una derecha cristiano-liberal, conservadora en asuntos morales, liberal en economía; (2) una derecha liberal-laica, liberal tanto en asuntos morales como económicos; (3) una derecha socialcristiana, conservadora, pero más comprometida que las anteriores en cuestiones sociales y partidaria de un papel activo del Estado en la vida nacional; (4) una derecha laica y nacional-popular, lúcida sobre el significado existencial del Estado y de su papel como conformador de un pueblo con conciencia nacional y lazos de entidad en común.

Las cuatro tradiciones de pensamiento han tenido importantes realizaciones histórico-fácticas. La vertiente cristiano-liberal se expresa en la Unión Demócrata Independiente y parte de Renovación Nacional. La corriente socialcristiana aparece en el Partido Conservador del siglo XIX, consta en la candidatura presidencial de Eduardo Cruz-Coke, en el Partido Conservador Socialcristiano, así como en la Falange Nacional; contemporáneamente, en algunos nuevos movimientos como Solidaridad, Construye Sociedad y en centros de pensamiento como Idea País y el Instituto de Estudios de la Sociedad. El liberalismo laico se realizó en el Partido Liberal, hoy en Evolución Política y parcialmente en Renovación Nacional. La tradición laica y nacional-popular se expresa en el Partido Nacionalista de 1915, el Partido Agrario-Laborista, el Partido Nacional, el Frente Nacional del Trabajo y Renovación Nacional, que recoge a miembros de las tres agrupaciones previas.

Las cuatro tradiciones de pensamiento han tenido importantes realizaciones histórico-fácticas.

En otros casos es más difícil hacer una clasificación. La Democracia Cristiana es de raíz socialcristiana, pero su pensamiento económico en la transición fue más bien liberal.

Respecto a los pensadores de la derecha o políticos con talante más intelectual, las categorías identificadas también logran aplicación. Diego y Luis Barros, y los hermanos Amunátegui, por ejemplo, se incluyen entre los liberales laicos; Francisco Antonio Encina y Alberto Edwards son nacional-populares; Jaime Guzmán fue, como sus seguidores gremialistas, cristiano-liberal (especialmente durante la dictadura); Mario Góngora, de joven un socialcristiano y miembro de la Asociación Nacional de

Estudiantes Católicos, pasa a combinar, tras una crisis existencial en la que anduvo cercano al comunismo, elementos socialcristianos y nacional-populares. Juan Enrique Concha, el autor de *Cuestiones obreras* (1899) y *Conferencias sobre economía social* (1918), destaca por sus aportes al pensamiento socialcristiano.

4.

CONTRIBUCIÓN A LA COMPRENSIÓN POLÍTICA

La consideración conjunta de la historia fáctica y la historia intelectual de la derecha revela una mayor complejidad y densidad de su pensamiento que la síntesis más usual de las últimas décadas. La apropiación reflexiva de esa historia permite poner en perspectiva el estado ideológico actualmente deficitario de ese sector; pero, sobre todo, dotar a la derecha de un pensamiento de mayor densidad y calado hermenéutico que el discurso de economicismo y subsidiariedad negativa.

Esta indicación se hace especialmente atinente en el caso del ensayismo chileno. En él, la derecha política puede entroncar con una de las tradiciones más robustas del pensamiento político nacional. En las obras de Encina, Edwards y Góngora —por mencionar a tres de los autores más destacados dentro de esa vertiente ensayística— se contiene una reflexión en la cual existe plena consciencia de los aspectos fundamentales de la comprensión de los asuntos humanos (sobre el pensamiento hermenéutico-político de estos tres autores, he escrito un trabajo extenso: *Pensadores peligrosos. La comprensión según Francisco Antonio Encina, Alberto Edwards y Mario Góngora, por aparecer*). Con diversos énfasis, los tres tematizan los polos entre los cuales se desenvuelve esa comprensión: uno más abstracto en relación a los discursos y pensamientos; otro más concreto en relación al elemento humano (cf. Encina 1997 [1935], 43, 60, 74, 91, 92, 129, 170; Edwards 1925a, 387, 391, 392; 1925b, 509, 518; Góngora 1985, 60-61; 1980b, 79). En sus reflexiones, se vuelven conscientes de los alcances y límites de la razón en la consideración de lo real (cf. Encina 1997 [1935], 89, 171; Edwards 1903, 8, 21; Góngora 1982, 105; 1985, 60, 63). Reparar también —especialmente Encina y Edwards— en las capacidades que deben intervenir en una comprensión pertinente (cf. Encina 1997 [1935], 5, 51, 60, 81, 88, 90-92, 97, 99, 113, 127-132; Edwards 1997 [1928], 42; 1903, 21, 22, 25-26; 1925a, 391, 392, 397; 1925b, 509, 517-518).

Los tres se refieren, asimismo, a las diversas posiciones hermenéuticas que se dejan discernir a partir de la consideración de la relación y la tensión en la que se hallan los polos de la comprensión. Por una parte, una posición más racionalista, que marca el énfasis en las elaboraciones de la mente y se inclina a entender la tarea política como una subsunción de la realidad bajo reglas e ideas (cf. Encina 1997 [1935], 71, 168; 1949, 201; Edwards 1997 [1928], 42; 1925a, 391, 392; 1925b, 509, 518; Góngora

1980a, 131; 1982, 98-99, 100, 105; 1980b, 83, 85, 90, 91). Por otra parte, una posición eventualmente romántica, que tiende hacia una entrega al significado concreto de la situación, llegando, en el extremo, a perder la capacidad de brindarle a ella articulación (cf. Encina 1997 [1935], 93, 94, 107; Góngora 1980b, 79). Entre ambas actitudes, consta una posición que admite diversas variantes, pero que se caracteriza por atender, a la vez y sin reducirlos o desconocerlos, tanto al sentido más abstracto de las reglas, cuanto al significado más concreto de la situación, en un esfuerzo por mediar entre ambos sentidos (cf. Encina 1997 [1935], 60, 71-73, 90, 92-93, 100, 169, 171; 1964 [1934], I, 12; Edwards 1925a, 391, 392, 397; 1925b, 509, 518; 1903, 8, 10, 21, 25; Góngora 1985, 61-62; 1980b, 83, 85, 86, 90, 91; 1980a, 131; 1982, 98, 99, 100, 105, 109).

El pensamiento hermenéutico de los ensayistas y sus consideraciones de las crisis de sus respectivas épocas permiten alcanzar un criterio orientador de la comprensión política. Ellos describen, por un lado, las crisis políticas como expresión de un desajuste profundo entre los aspectos ideales, los discursos, las fórmulas; por otro, los factores concretos, el elemento humano, sus pulsiones y anhelos, su situación. Plantean que la salida institucional a las crisis queda referida a arreglos políticos en virtud de los cuales la situación concreta vaya encontrando expresión y acogida en la dimensión discursivo-institucional, de tal suerte que la tensión se atenúe (cf. Encina 1981 [1911], 176-178; Edwards 1997 [1928], 285-288; Góngora 1994 [1981], 261-267, 291; 1966, 177; 1937, 4).

Este criterio general se halla aún, por cierto, en la esfera de los principios. Se trata, empero, de un criterio que puede ser llamado concreto o existencial, en la precisa medida en que él remite explícitamente a la consideración de la situación. Su cumplimiento exige atender a la realidad concreta y, en ella, reparar en los factores y tensiones específicos que la afectan, para, recién luego, proponer maneras de organizar esos factores y tensiones de modos desplegados.

Si se mira la situación presente desde una consideración reflexiva del pensamiento de los autores mentados, cabe volver en un nivel mayor de consciencia sobre el desafío hermenéutico-político que importa la irrupción, desde el fondo popular y fruto de procesos de modernización, de clases sociales distintas, parcialmente, de cuanto habíamos conocido; dotadas de temores y deseos diferentes, usualmente más sofisticados que las demandas del proletariado del siglo XX.

Este criterio general se halla aún, por cierto, en la esfera de los principios. Se trata, empero, de un criterio que puede ser llamado concreto o existencial, en la precisa medida en que él remite explícitamente a la consideración de la situación.

En la medida en que la situación concreta es indispensable, dado, además, que puede asumir direcciones de despliegue o de frustración, la comprensión política se encuentra frente a la exigencia de considerarla. La comprensión política es interpelada por la situación nacional, una situación que no admite ser puesta de antemano bajo reglas —sean estas las de una ortodoxia moral o una económica—, sino que requiere una atención cuidadosa a ella, a los modos diversos que asume, a las capacidades que acusa, a las potencialidades que se dejan advertir allí, a los riesgos que aloja. En un momento de crisis política como el actual, una apropiación crítica y reflexiva del pensamiento de los ensayistas de marras podría proveer a una derecha política, pero también, en general, a las fuerzas republicanas y democráticas, de un recurso fundamental al momento de emprender la exigente tarea de elucidar la situación actual y brindarle curso institucional de salida.

5.

REFERENCIAS

- Alenda, S., Le Foulon, C. y Suárez-Cao, J. 2020. Evolución de las sensibilidades políticas: Hacia una nueva centro-derecha en Chile. En Alenda, S. (ed.), *Anatomía de la derecha chilena. Estado, mercado y valores en tiempos de cambio*. Santiago: Fondo de Cultura Económica.
- Concha, J. E. 1899. *Cuestiones obreras*. Santiago: Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona.
- Concha, J. E. 1918. *Conferencias sobre economía social*. Santiago: Imprenta Chile.
- Correa, S. 2011. *Con las riendas del poder. La derecha chilena en el siglo XX*. Santiago: DeBolsillo.
- Cristi, R. 2000. *El pensamiento político de Jaime Guzmán. Autoridad y libertad*. Santiago: Lom.
- Cruzat, X. y Tironi, A. 1999. El pensamiento frente a la cuestión social en Chile. En Devés, E., Pinedo, J. y Sagredo, R. (comps.). *El pensamiento chileno en el siglo XX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Declaración de Principios, del Partido Agrario-Laborista. 1952. Santiago: Imprenta y Litografía Universo.
- Declaración de principios del Gobierno de Chile. 1974. Santiago: Gabriela Mistral
- El Gremialismo y su postura universitaria en 27 preguntas y respuestas. 1980. Santiago:
- Edwards, A. 1903. *Bosquejo histórico de los partidos políticos chilenos*. Santiago: Guillermo Miranda Editor.
- Edwards, A. 1925a. *La sociología de Oswald Spengler, 1ª parte*. Atenea 2 (4)
- Edwards, A. 1925b. *La sociología de Oswald Spengler, 2ª parte*. Atenea 2 (5)
- Edwards, A. 1997 [1928]. *La fronda aristocrática en Chile*. Santiago: Universitaria
- Encina, F. A. 1949. *La supervivencia de Goethe*. *Anales de la Universidad de Chile* 73-74.

- Encina, F. A. 1964 [1934]. Portales. Introducción a la época de Diego Portales 1830-1891. Santiago: Nascimento, 2 vols.
- Encina, F. A. 1981 [1911]. Nuestra inferioridad económica. Sus causas y sus consecuencias. Santiago: Universitaria.
- Encina, F. A. 1997[1935]. La literatura histórica chilena y el concepto actual de la historia. Santiago: Universitaria.
- Fernández, J. y Rumié, S. 2020. Las transformaciones de la derecha chilena: Desafíos, adaptaciones y renovaciones [1932-2010]. En Alenda, S. (ed.), Anatomía de la derecha chilena. Estado, mercado y valores en tiempos de cambio. Santiago: Fondo de Cultura Económica.
- Freiherr von Ketteler, W. E. 1864. Die Arbeitsfrage und das Christentum. En Hardtwig, W y Hinze, H (eds.). 1997. Deutsche Geschichte in Quellen und Darstellung. Vol. 7. Stuttgart: Reclam.
- Friedman, M. 2002. Capitalism and Freedom. Chicago: The University of Chicago Press.
- Garay, C. 1990. El Partido Agrario-Laborista 1945-1958. Santiago: Andrés Bello.
- Godoy, H. 1974. El pensamiento nacionalista en Chile a comienzos del siglo XX. En Arce Eberhard, A. (comp.), Pensamiento nacionalista. Santiago: Gabriela Mistral.
- Góngora, M. 1937. Portales y la tradición. Lircay, 9 de octubre 1937
- Góngora, M. 1966. Materialismo neocapitalista, el actual 'ídolo del foro'. En Góngora, M. 1987. Civilización de masas y esperanza y otros ensayos. Santiago: Vivaria.
- Góngora, M. 1980a. Propositiones sobre la problemática cultural en Chile. Atenea 442.
- Góngora, M. 1980b. Nociones de cultura y de civilización en Spengler. En Góngora, M. 1987. Civilización de masas y esperanza y otros ensayos. Santiago: Vivaria.
- Góngora, M. 1982. Civilización de masas y esperanza. En Góngora, M. 1987. Civilización de masas y esperanza y otros ensayos. Santiago: Vivaria.
- Góngora, M. 1983. Una entrevista con Mario Góngora. Entrevista con Simon Collier. En Góngora, M. 1987. Civilización de masas y esperanza y otros ensayos. Santiago: Vivaria.
- Góngora, M. 1985. Romanticismo y tradicionalismo. En Góngora, M. 1987. Civilización de masas y esperanza y otros ensayos. Santiago: Vivaria.
- Góngora, M. 1994 [1981]. Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX. Santiago: Universitaria.
- Guzmán, J. 1965. El capitalismo y los católicos de tercera posición. Fiducia 3 (20), 4-5.
- Guzmán, J. y Novoa, J. 1970. Teoría sobre la Universidad. Memoria de Licenciatura., Universidad Católica de Chile.

- Guzmán, J. 1979. Proyecciones de una tarea. *Realidad* 1 (5)
- Guzmán, J. 1981. Una entrevista que me impresionó. *La Segunda*, 15 de mayo de 1981, 2.
- Guzmán, J. 1982. El sentido de la transición (434-462). En Fontaine, A. (ed.), *El miedo y otros escritos. El pensamiento político de Jaime Guzmán E.*, *Estudios Públicos* 42 (1991).
- Guzmán, J. Riqueza y distribución. *La Tercera*, 27 de julio de 1986, 2.
- Herrera, H. Por aparecer. *Pensadores peligrosos. La comprensión según Francisco Antonio Encina, Alberto Edwards y Mario Góngora*. Santiago: Ediciones UDP.
- Larraín, J. 2014 (2ª ed). *Identidad chilena*. Santiago: Lom.
- Lehmann K. y Reifenberg, P. (eds.). 2014. *Bischof Wilhelm Emmanuel von Ketteler -der unmodern Moderne*. Friburgo: Herder.
- Novoa, J. 2013. *Con la fuerza de la libertad*. Santiago: Planeta.
- Ortiz, F. 2005. *El movimiento obrero en Chile 1891-1919*. Santiago: Lom.
- Ramírez, H. 1978. El fascismo en la evolución política de Chile, *Araucaria de Chile* 1, 9-33
- Schwab, V. 2011. *Soziales Engagement von Priestern angesichts der Industrialisierung des 19. Jahrhunderts*. Tesis, Viena.
- Stuven, A. M. 2008. El 'Primer Catolicismo Social' ante la cuestión social: un momento en el proceso de consolidación nacional. *Teología y vida* 49.
- Subercaseaux, B. 2010. *Historia de las ideas y de la cultura en Chile*. Vol. IV. Santiago: Universitaria.



CENTRO DE ESTUDIOS PÚBLICOS

Cada artículo es responsabilidad de su autor y no refleja necesariamente la opinión del CEP.

Director: Leonidas Montes L.

Editor: Juan Luis Ossa S.C.

Diagramación: Pedro Sepúlveda V.

[VER EDICIONES ANTERIORES](#)

